

DOS CUENTOS

Miriam González Hernández

“Los tres ojos”

Las montañas, la arboleda y el fresco siempre me habían fascinado. Por eso acepté la invitación de mis amigos; por eso acepté lo que sería nuestra gran aventura. Ricardo, Matilde, Oscar y yo nos alejamos de la civilización a eso de las seis de la mañana. Tomamos la carretera 145, una ruta rural perteneciente al pequeño pueblo de Quebradillas. Cuatro horas duró la travesía por aquella angosta callejuela cubierta de vegetación y olorosa a flores silvestres. A eso de las diez de la mañana llegamos al lugar perfecto. Dejamos el coche a la orilla del camino y penetramos en el bosque por una estrecha vereda. Todo estaba húmedo a pesar de los meses de sequía que nos azotaban. Todos estábamos felices. ¡Lo que es desconocer el futuro! Después de caminar por algunos cuarenta minutos, llegamos a un claro fascinante. Cientos de gigantes árboles abrían sus brazos para permitirle al sol pasar. Colocamos las mantas en el musgoso suelo y miles de insectos llegaron a hacernos compañía. ¡Qué paz se sentía en aquel lugar! El silencio era tal que comenzó a herir mis oídos. No recuerdo quién habló, pero sí sé que decidimos almorzar y a su vez trazar la ruta que nos llevaría a lo incierto. Como Ricardo había estado allí en varias ocasiones, decidimos seguir su sabia opinión y dirigirnos en dirección a la cueva y luego al riachuelo.

Para no perder más tiempo, con presteza nos pusimos en camino. Nos tomó sólo algunos minutos llegar a la cueva. Era enorme, de su techo colgaban como lámparas cientos de estalactitas, y de ellas goteaba agua dando la agradable sensación de lluvia fina y fresca. Unidos a estas concreciones calcáreas se encontraban miles de murciélagos que se mecían como hamacas al dormir. La vista desde la enorme boca de la cueva daba hacia el riachuelo. Todo simulaba un hermoso lienzo al óleo. Después de caminar por largo rato redescubriendo cientos de pasadizos y túneles nos dirigimos al riachuelo.

En verdad era hermoso, transparente y sereno. Metimos los pies en el agua y nos relajamos.

Pero Ricardo quiso ir más lejos. Siempre era igual; él nos dominaba a todos, éramos sus monigotes. Su carácter agrio lo absorbía todo. Pese a la oposición se salió con la suya y no tuvimos más remedio que seguirle. Comenzamos a penetrar por el espeso bosque hasta que dimos con un enorme rótulo que prohibía el paso. Ricardo, con mirada desdeñosa, hizo caso omiso del mismo y, mirándonos de reojo, dijo: —Ahora es que comienza verdaderamente nuestra aventura. —Luego, comenzó a reír a carcajadas. No le contestamos nada y continuamos la marcha fúnebre.

Ya habíamos caminado bastante cuando nos azotó un hedor profundo. Matilde fue la primera en percibirlo. Buscamos a nuestro alrededor y no había nada, pero al levantar mis ojos me topé con un barril ensangrentado atado a un árbol. —Ricardo, Oscar miren. —Oscar, que era extremadamente curioso, decidió echar una ojeada. Subió como un trepador al árbol y, ya en la rama de donde colgaba el tonel, lanzó un grito de horror. Su impresión fue tal que perdió el equilibrio, cayendo al suelo. Con voz entrecortada dijo: —Vámonos de aquí, de inmediato. ¡Corran! —Ante su inesperada reacción todos preguntamos al unísono —¿Qué te sucede hombre? ¿Qué fue lo que viste dentro del barril? —Oscar no contestó, estaba tan pálido y sudoroso que parecía haber visto a la muerte.

En efecto, eso fue lo que vio. Dentro del sangriento barril había un hombre muerto. Le habían sacado los ojos y le habían cortado las orejas, por lo menos eso fue lo que nos dijo Ricardo. Yo me puse histérica y Matilde comenzó a temblar sin control. Sin embargo, la reacción de Ricardo fue fría, en cierta manera despiadada, sólo se limitó a decir con cierta alegría: —Se lo dije, vamos a vivir una gran aventura. —No bien Ricardo había finalizado lo que serían palabras proféticas, cuando se escucharon pasos. Excitados, nos escondimos entre la espesa vegetación, mordiéndonos los labios para ahogar los gritos y el miedo. Desafortunadamente, a nuestro lado se pararon dos hombres vestidos de negro. Hablaron en una lengua que no pude entender. De pronto hicieron un alto y uno de ellos en perfecto castellano dijo: —Alguien ha estado aquí. Tenemos que encontrarlo. Busquemos los perros.

Ahí fue que comenzó la cacería humana. Estábamos tan asustados que olvidamos la vereda que habíamos tomado, todas nos parecieron iguales. Desorientados, nos culpábamos unos a los otros. Hasta que, de pronto, escuchamos, a lo lejos, ladridos infernales. Eran los canes que, como seres endemoniados, buscaban a sus

víctimas. Corrimos como locos sin rumbo fijo hasta quedarnos sin aliento, hasta caer al suelo resignados a morir. De repente, Matilde percibió que penetrábamos en el corazón del indómito bosque, del cual sería imposible escapar con vida. Todos sentimos un miedo desgarrador. Por primera vez noté que Ricardo titubeaba lleno de remordimientos y no volvió a hablar en el resto de aquella pesadumbrosa tarde.

Continuamos arrastrando nuestros pasos hasta que el dolor en los huesos y la densidad de la noche no nos permitió ver lo que estaba delante. Rendidos nos quedamos profundamente dormidos, hasta que, muy de madrugada, el canto del coquí nos llamó. Cuando desperté ya ellos se habían ido. Corrí desesperada hasta encontrarlos parados como sonámbulos a la orilla de un risco. En esos instantes un ruido captó mi atención y al volverme vi a los dos hombres. Mantenían sus rostros cubiertos y esta vez tenían unos perros enormes que salivaban copiosamente. Volví la vista hacia mis amigos, pero ellos continuaban lerdos, en una profunda contemplación. Entonces caminé lentamente hacia mis amigos por el fangoso suelo y vi lo que los mantenía fuera de la realidad y del peligro que nos acosaba. Eran los tres ojos. Tres manantiales de agua verde y digo verde porque estaban cubiertos de una especie de lógamo verdoso. Lo más curioso era que en el centro de cada uno de estos ojos se distinguía una pupila negra, extremadamente brillante. Súbitamente, mientras yo observaba cómo se dilataban las refulgentes pupilas, mis tres amigos se dejaron caer cada uno en uno de los ojos. Saltaron a encontrarse con la muerte. Aquel verde mirar los absorbió para siempre.

Me quedé absorta por unos segundos, no podía creer lo que veía, pero cuando reaccioné, estremecida por la pérdida de mis compañeros, grité llena de espanto. Luego, corrí hasta quedar de frente a los dos hombres. Desencajada, posé mi mirada en ellos y en sus fieras. Supe que iba a morir. Pero no les daría el gusto de que me mataran, no sería otra víctima más dentro de un tonel. Volví a mirarlos profundamente, tal vez queriendo reconocerlos o quién sabe si suplicando piedad. Y fue entonces cuando dieron la orden: —Ataquen. —Los feroces animales no se hicieron esperar. No tuve más remedio que correr hacia el risco, no había otro camino. Al llegar al borde me detuve, yo no era una suicida, no podía privarme de la vida. Fue entonces cuando los tres ojos se abrieron; sus negras pupilas comenzaron a penetrar en mí. Trate de esquivar la penetrante mirada; sin embargo, no pude. Sentí una atracción indescriptible, era como un potente imán, mucho más fuerte que mi voluntad. Lo raro era

que aquella atracción provocaba una sensación grata, más aún placentera. Sin saber cómo, me lancé al vacío; sentí cómo mi cuerpo flotaba por el aire. Luego vino el choque de mi cuerpo contra el agua y, después, ésta me tragó sin permitirme salir a flote. Por último, experimenté que me faltaba el aire y un mareo lento cerraba mis ojos para siempre.

—Marina, Marina levántate. Hija ya están aquí tus amigos. Marina, hija, prepárate, hoy es el pasadía en el bosque. —Reconocí la voz de mi madre. A lo lejos, también pude distinguir la voz de Ricardo que me decía: —Marina, chica, levántate. Ahora es que comienza verdaderamente nuestra aventura.